



DETLI

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales
Dirigido por Miguel Ángel Garrido Gallardo
ISBN 978-950-585-116-4



UNION
ACADEMIQUE
INTERNATIONALE

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Madrid, 2015

calavera. Del lat. calvaria, *cráneo*. Figuradamente “un calavera”, hombre de poco juicio y asiento; hombre dado al libertinaje. (ingl: *hedonist, rake, giddy, mad-headed, womanizer*; fr: *tête rûlé*; it: *cattiva testa*; al: *leicht, Lagerzapfen, kieselstein*; port.: *calavera*). Expresiones sinónimas: un ‘calaverón’, un ‘calaverón deshecho’, un ‘calvatrueno’, un ‘tronera’, un ‘tantarantán’ (Clarín, 1886). Después, ‘tarambana’.

Personaje arquetípico de novela y comedia española de los siglos XIX y XX, caracterizado como varón de “poco juicio y asiento”, dado al libertinaje.

En el diccionario de la Real Academia Española el epíteto evoluciona paulatinamente desde la constatación de la frivolidad y atolondramiento del ‘calavera’ (persona de poco juicio, ca. 1780, DRAE), ‘mala cabeza’ (DRAE, 1786) y ‘pésimo uso de los sentidos’ (DRAE, 1791) hasta la censura sin paliativos del varón “dado al libertinaje” (DRAE, 1984) añadida sobre la de “hombre de poco juicio y asiento”, constante hasta las ediciones actuales del Diccionario. En 1835 declaraba Larra que “esta acepción picaresca” era “de uso moderno”, no así el tipo de personaje autor de “locuras y disparates” sin más razón que su propio gusto. Hoy, la situación es justamente la contraria, la palabra ha desaparecido casi del uso lingüístico de las jóvenes generaciones tal vez porque la extensión de determinados estilos de vida deja sin contenido el apóstrofe.

Como antecedente es posible anotar en el primer tercio del siglo XVII el calificativo ‘calva trueno’ para designar al hombre lunático “que vive en el orbe de la luna” (Pantaleón de Rivera, 1631), y también el vocablo “tronera” para describir al “hablador, i algo loko; i baladrón” (Correas, 1627). Del “Licenciado tronera” hablaba por el mismo momento Francisco Bernardo de Quirós en las *Aventuras de don Fruela*, 1656.

Don Ramón de la Cruz califica al ‘calavera’ de “mala cabeza” y “presumido (1768). Hacia 1790, ‘tronera’, ‘bribón’ y ‘calavera’ parecen significar lo mismo (Zogueminni, 1794). Su atolondramiento puede llevarle a otros vicios, declara el colombiano Mutis (1793). El tronera es “hombre de trueno, alocado” (...) que hace primero y piensa después, que reta a cualquiera a duelo “por una mala jugada de solo ó de billar” y que goza haciendo rabiar al prójimo o le da “una paliza sin más intención que la de divertirse” (Martínez Villergas, 1867). Vinculando los dos

términos Antonio Flores aclara que el “calavera de trueno” es el terror de madres y esposos (1838). Tres años antes Larra había publicado los dos famosos artículos en los que definía y catalogaba al ‘calavera’ (1835). En su muestrario de especímenes exhibía al calavera tramposo, al calavera langosta, silvestre, doméstico, el viejo calavera, el calavera de buen tono y varios más que podían resumirse en dos categorías: el calavera genuino, de propia naturaleza, con pocos escrúpulos y ningún respeto a la opinión pública y el “seudocalavera”, “aquel que sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por calavera” y no hace sino convertirse en un hombre fastidioso (1835, art. 2º) Parece así que hay ‘calaveras’ temporales o fingidos y verdaderas calaveras, irre recuperables y no redimibles. De hecho, el mote “calaverón” y la rúbrica “amable calavera” abunda en los textos literarios en un tono casi afectuoso para referirse a los primeros; si bien, aseguraba Ayguals de Izco, un tronera inofensivo “no es más que un loco” (1850).

El itinerario del ‘calavera’, explicaba Larra en 1835, comienza en la adolescencia, cuando como “calavera lampiño”, jugador precoz y mujeriego en ciernes, desastroso estudiante, vuelve locos a sus padres y profesores. Entrado en la juventud sólo buscará llamar la atención con su atuendo y sus modales. El ‘calavera’ mira, ríe, y habla de modo estrepitoso y descarado sin educación ni elegancia (Fernán Caballero, 1852); se “plebeyiza” aunque proceda de buena familia, o bien alardea de una alcurnia de la que carece (ibid.), y viste, alternativamente, ya con descuido notorio o con un arreglo excesivo (Mesonero Romanos, 1833). No tiene otro objetivo que el de “estar de jarana en la calle”, gastar bromas pesadas (Galdós, 1872), despilfarrar el dinero propio y ajeno en el juego y la bebida y acumular deudas (Galdós, 1876, 1885, 1888; Blest, 1875) provocar pendencias y broncas (Fernán Caballero, 1852; Valera, 1874; Pereda, 1889). Es gorrón, trata de vivir de los demás, si es preciso casándose con alguna mujer rica e incauta (*Un Calavera a la moda*. Valencia 1855) a la que arruina, finalmente. Acostumbrado a salirse con la suya el calavera no es sino truhán, vago, y *perdís* (Pardo Bazán, 1889).

Su conducta alocada tiene origen más en la vanidad y la inmadurez que en el deseo de engañar. El ‘calavera’ puede ser, de hecho, un joven decente y de buen corazón, pero tan travieso y dicharachero (Corradi, 1840) tan aficionado a la diversión, que se hará “incapaz de nada de provecho” si no se enmienda (Galdós, 1879) pues no sirve más que “para trastornar la cabeza a las mujeres” (Galdós, 1878, 1908; Palma, 1883; Blasco, 1886; Pardo Bazán, 1889).

Calavera

Como vanidoso publica con jactancia sus conquistas femeninas (Gómez de Avellaneda, 1842-1843) y necesita espectadores de sus excesos: por eso lleva tras de sí “una pequeña corte de aprendices, o de meros curiosos, que no teniendo valor o gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipe” (Larra, 1835).

La juventud puede servir de excusa para esta conducta: en mi juventud fui lo que se llama un calavera “completo” declaraba un tipo costumbrista de (Mesonero Romanos, 1833; Galdós, 1874, 1888; Rabasa, 1887; Blasco Ibáñez, 1905). Esta especie de sarampión que acaece entre los 23 y 28 años, apunta Galdós (1903) y de él se contagian casi todos los jóvenes de cierta posición. Es imposible ‘ser calavera’ sin medios dice Baroja (1944). El ‘calavera’ será bien un militar enamorado y bravucón (Capmany, 1808) o bien un estudiante, más o menos eterno, como describe Clarín en *Su único hijo* al padre de Enma, “estudiante emprendedor y calavera” que, al terminar la carrera se hizo “se hizo serio como un colchón, abrió cuarto de estudio, acaparó la clientela de la montaña, aduló a los señores del margen, magistrados serios también y amigos de las fórmulas más exquisitas, hizo buena boda, salió de pobre” (1891). Es decir, la edad, los compromisos, y, principalmente, el matrimonio convierten al ‘calavera’ en un “hombre de peso” (Pardo Bazán, 1881).

Cumplida esta etapa caprichosa de la juventud se sienta la cabeza (Rivarola Mato, 1970) y parece que las aventuras del pasado carecen de importancia: “Se es menos calavera hacia el pasado que hacia el futuro”, dice Ramón Gómez de la Serna, en 1948. Más aún, hasta parece que la reputación de calavera es un buen atractivo para las jóvenes casaderas. (Martí, José, (1885; Pérez de Ayala, y Maeztu, 1926) y no parece incompatible la fama de calavera con la honradez y caballerosidad. Su equivalente en mujer sería “la coqueta” (León, 1941)

El ‘calavera’ es consecuencia de una mala educación que ha consentido todos sus caprichos (1880), había diagnosticado Concepción Arenal (1880) y más tarde reiteran otros autores. El calavera es infantil (Galdós, 1911), enmadrado (Álvarez Quintero, 1906-96; Baroja, 1911) e incluso afeminado (Pérez de Ayala, 1926a), un niño mal educado que ha llegado a la edad madura sin hacerse hombre.

Si el joven calavera no se corrige a tiempo va camino de convertirse en “calavera temerón”, dice Larra, en “gran calavera”; en un adulto que ha consolidado un estado que debería haber sido temporal pero que se perpetúa por la insolencia (Selgas, 1884) y el alocamiento (“desatinado y sin pizca de juicio”, *El Reflejo*. Madrid. 2/2/1843, n.º 5, p.5). En un “calaverón deshecho”, como lo fue Don Juan confirma Espronceda (1834), el libertino, corrompido y sin escrúpulos (Ayguals, 1850; López, 1884), bullanguero, camorrista, tronera, vanidoso, ensimismado, corrompido (Milla y Vidaurre, 1867; Facundo, 1890) elegante y cínico (Valle, 1927) Para continuar con sus francachelas, vigiliás tempestuosas, y excitaciones constantes (Valera, 1879) que le comen la salud y lo convierten en viejo antes de serlo (Galdós, 1877) el calavera puede llegar hasta la frontera del delito (Galdós, 1908).

Si el joven calavera no se corrige a tiempo se convertirá en “calavera temerón”, prevenía Larra, en “gran calavera”, en un hombre que continúa siendo insolente como un joven (Selgas, 1884).

Antes de acabar así el calavera puede salvarse si se casa y forma una familia (Gaspar, 1861). De lo contrario alargará, como se ha dicho, su condición hasta la vejez, después de haber consumido su herencia y la de sus parientes más próximos (Pardo Bazán, 1903)

Y los excesos acabarán con su salud, lo convertirán en viejo antes de serlo, porque el libertinaje endurece su corazón y lo degrada (1874): “Tienes el aire avejentado, pero se ve que eres más joven que pareces, y que lo que te sale a la cara son las picardías (Ganivet, 1898).

El calavera deja de serlo cuando pierde una última batalla, explica Alarcón (1881), es decir, cuando se enamora verdaderamente. Esa última batalla es la que le convierte en padre y lo transforma por completo en otro hombre, determina Blasco Ibáñez en el capítulo “Cómo termina un calavera” de *La araña negra* (1892). Si bien Alarcón matiza, los auténticos calaveras no se casan con sus víctimas: “El calavera se casa con una santa como mi Marquesa, o baja solterón a los profundos infiernos. Esos Tenorios vulgares que acaban por pagar en la Vicaría todo lo que deben al sexo contrario, poniéndose en manos de una equívoca hija de Eva que venga a todas sus predecesoras, son unos calaveras apócrifos, unos impostores, unos falsos profetas de amor”. El calavera genuino se cura en falso, no deja nunca de ser “pícaro” ni “monstruo” (como se autodefine D. Eugenio, el corregidor de “El sombrero de tres picos”, cp. XXXII) y no logra ser redimido por la mujer (Barea, 1951)

Calavera

La descripción del 'calavera' mantiene la misma fisonomía semántica en los textos del siglo XX si bien decrece drásticamente la frecuencia de aparición.

La expresión "Calaverón deshecho", es decir, perdido sin remedio, todavía se documenta literariamente en 1931 (Canalejas, 1931). Continúa utilizándose el término "tronera" (Buero, 1977) y "tronado" (Longares, 1979) disparatado loco y tronera (Berlangua, 1990) "bala perdida" (Longares, 1979) y "vivalavirgen", juerguista al que sólo le importa tener dinero y que, llegado el momento, elige el camino más directo para ello casándose "con una rica heredera" (Ribera, 1988)

El 'calavera' sigue siendo el hombre disoluto (Unamuno, 1917) vago y gandul y mal estudiante (Palacio Valdés, 1921) gorrón que se aprovecha de su familia (Gala, 2002), gastador y manirroto (Pérez de Ayala, Teresa de la Parra, 1928), aficionado a la bebida (Galdós, 1908, Mejía-Nieto, 1929; Vargas Llosa, 2000), juerguista y trasnochador (Barea, 1951; Alfonso Grosso, 1961; Leguina, 1992), pendenciero y cínico (Jardiel, 1934; Cano, 1991), tenorio y galanteador (Pérez de Ayala, 1926), elegante, vanidoso y guapo (Guelbenzu, 1989; Mendicuti, 1991), pero de aire fatigado a causa de los vicios (Jardiel, 1934), atildado y exagerado en el vestir (Barea, 1951) con su modo particular de echarse atrás el sombrero (López Bago, 1895).

Sigue entendiéndose como una conducta de juventud y soltería, que a veces se hace permanente (Salóm, 1980). El éxito de la mujer para meterle en cintura (Alatriste, 1985; Longares, 2001), depende de que el calavera sea o no genuino; el verdadero calavera es irrecuperable (Barea, 1951) y también de su escalada social (Moix, 1994).

Se aprecia, sin embargo, la evolución del término desde la consideración del 'calavera' como joven inconsciente y frívolo cuyo afán de diversiones llega a ser censurable a la configuración como personaje doloso, injusto, degradado y libertino, hasta casi abandonarse la idea de atolondramiento y superficialidad.

BIBLIOGRAFÍA

Alatriste, Salatiel. (1985) *Por vivir el quinto patio*, Joaquín Mortiz, México, p.104.

- Alarcón, Pedro Antonio de (1874) *El sombrero de tres picos*, Eva F. Florensa, Crítica (Barcelona), 1993 p.158.
- (1881) “La última calaverada”. En *Cuentos Amatorios*, ed. M. Dolores Royo Latorre, Universidad de Extremadura (Salamanca), 1994, pp. 630-634.
- Álvarez Quintero, Serafín (1906) *El genio alegre*, ed. Gregorio Torres Nebrera, Espasa-Calpe (Madrid), 1989, p.96.
- Arenal, Concepción (1880) *La cuestión social*, Madrid, Librería Victoriano Suárez, 1895, pp. 465-466.
- Ayguals de Izco, Wenceslao (1850) *La Bruja de Madrid*, Barcelona, Taber, 1969, pp.457, 552, 586.
- Barea, Arturo (1951) *La forja de un rebelde*, Losada (Buenos Aires), 1958 p.131, 135 y III, 301 301.
- Baroja, Pío (1911) *El árbol de la ciencia*, ed. Pío Caro Baroja, Ediciones Cátedra (Madrid), 1996, p.43.
- (1944), *Desde la última vuelta del camino*, Biblioteca Nueva (Madrid), 1978, & 377, pp.331 y 950.
- BVC: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante (Alicante).
- Berlanga, Andrés (1984) *La gaznápira*, (Col galería literaria) Barcelona: Noguer, p.15.
- Blasco Ibáñez, Vicente. (1905) *La bodega*, ed. Francisco Caudet, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 283, 444, 445. ----- (1892) “Cómo termina un calavera”, cp.IX, de *La araña negra*, Renacimiento, 2007. pp. 126-132.
- Blasco, Eusebio (1886) *Mis contemporáneos*, Madrid, Leopoldo Martínez, 1905, p.96.
- Blest Gana, Alberto, (1875) *Martín Rivas. Novela de costumbres político-sociales*, ed Guillermo Araya, Cátedra (Madrid), 1983& 189
- Buero Vallejo, Antonio (1977), *La detonación*, Iglesias, Luis; Paco, Mariano de, Madrid, Espasa Calpe, 1994, p.1515.

- Canalejas, Leonor (1931) *Todo y nada*, Barcelona, Tipografía Emporivm, p.25.
- Capmany, Antonio de (1808) *Centinela contra franceses, segunda parte* ed. François Entienvre, Tamesis Book (London), 1988, p. 138.
- Cano Gaviria, Ricardo (1991) *Una lección de abismo*, Barcelona, Versasl, p.135.
- Clarín, (1886) "Pipá". En *Cuentos del siglo XIX*; ed. Laura de los Ríos, Madrid, Cátedra, 1995, p. 310.
- (1891) *Su único hijo. Obras completas*. Vol. III. Ed. Juan Oleza. Madrid Biblioteca Castro, 2003, p.173
- Corradi, Fernando, (1840) *Historia que parece novela*, Madrid, Lib. Sanz, p.39.
- Correas, Gonzalo (1627) *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* Louis Combet, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Bordeaux (Burdeos), 1967, p.628.
- Cruz, Ramón de la (1768) *Los alcaldes de Novés*, Emilio Cotarelo, Bailly-Baillièrre (Madrid), 1915, p.23.
- El Reflejo*. Madrid. 2/2/1843, n.º 5, p.5.
- Diccionario de la Real Academia Española (Madrid) (Buscadores, CREA, CORDE)
- Espronceda José y Ros Olano, Antonio, (1834) *Ni el tío ni el sobrino: Comedia original en tres actos y en verso*, Madrid, Repullés, p.8
- Facundo (José Tomás de Cuéllar) (1871), *Historia de Chucho el Ninfa*, Barcelona, Hermenegildo Miralles (Barcelona), 1890, II, p.227.
- Fernán Caballero (1852) *Clemencia*, Madrid, Imp. de C. González, parte I, cp. VIII, p. 128 y parte II, cp. VI.
- Flores, Antonio (1838) *La historia del matrimonio*, Imp de la Revista de Caminos de Hierro, á cargo de S. Baz, (Cuadro III) pp.29-37.
- Gala, Antonio (2002), *Los invitados al jardín*, Barcelona, Planeta, p.27.

- Ganivet, Ángel (1898) *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, ed. Laura Ribkin, Madrid, Cátedra, 1983, pp.129 y 186.
- Gaspar, Enrique (1861) Gaspar, *La escala del matrimonio*, (Escena, III, acto II), (BVC,2002)
- Gómez de Avellaneda, Gertrudis (1861) *El artista barquero*, ed. Mary Cruz, Ayacucho (Caracas), 1990 &386,
- (1842) *Dos mujeres*, Madrid, Gabinete Literario, 1842, tomo I, ep. VIII, p. 206.
- Gómez de la Serna, Ramón (1948) *Automoribundia, Autobiografía*, Editorial Sudamericana (Buenos Aires), p. 302.
- Grosso, Alfonso (1961) *La zanja*, ed. José Antonio Fortes, Madrid, Cátedra, 1984, p. 180.
- Guelbenzu, José María (1981) *El río de la luna*, Madrid, 1989. p.302.
- Jardiel Poncela, Enrique, (1934) *Angelina o el honor de un brigadier*, ed. Antonio A. Gómez Yebra, Castalia (Madrid), 1995, pp.134 y 211.
- Larra, Mariano José (1835). "Los calaveras" y Artículo segundo y conclusión" en *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios y de costumbres*, Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 384-398.
- Leguina, Joaquín, (1992) *Tu nombre envenena mis sueños*, Barcelona, Plaza y Janés, 20.
- León, Ricardo (1841) *Cristo en los infiernos*, Madrid. Victoriano Suárez, p. 21 y 123.
- López Bago, Eduardo, (1895) *El separatista. Novela médico-social*, ed. Francisco Gutiérrez Carbajo, Madrid, Castalia, 1997, p. 254.
- Longares, Manuel (1979) *La novela del corsé*, Madrid, Mondadori, 1988, p.38 &376 y 377.
- (2002) *Romanticismo*, Madrid, Alfaguara, p.260.
- López, Lucio Vicente (1884), *La gran aldea*, (BVC) 2003, p.12 y 265

- Maeztu, Ramiro de (1926), *Don Quijote, Don Juan y la Celestina. Ensayos en simpatía*. Madrid, Espasa-Calpe, 1981, p.67.
- Martí, José, (1885) *Lucía Jerez*, ed. Carlos Javier Morales, Madrid, Cátedra, 1994, p. 121.
- Martínez Villergas, Juan. (1867) *Colección de autores españoles, Composiciones jocosas en prosa*, F.A.Brockhaus, Leipzig, Volumen 7, "Un tronera. Diablura romántica", pp.66-67 y Ribot y Fontseré, Antonio, "Melones y mujeres" pp.201-226.
- Mejía Nieto, Arturo. (1929) *Relatos nativos*, Tipografía Nacional (Tegucigalpa), p.97.
- Mendicuti, Eduardo. (1991) *El palomo cojo*, Barcelona, Tusquets,1995, p.182
- Mesonero Romanos. Ramón (1833), *Escenas y tipos matritenses*, ed. Enrique Rubio Cremades, Madrid, Cátedra, 1993, p.208 y 511.
- Milla y Vidaurre, José. (1867) *El visitador*; Tipografía Nacional (Guatemala), 1935, p.286.
- Moix, Ana María. (1994) *Vals negro*, Barcelona, Lumen, 1941.
- Mutis, José Celestino, (1793). *Cartas y relaciones*, Guillermo Hernández de Alba, Ministerio de Educación Nacional (Bogotá), 1947, "A doña Ignacia Consuegra" p.187.
- Palacio Valdés, Armando (1921). *La novela de un novelista*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1922, p.133.
- Pardo Bazán, Emilia (1881) *Un viaje de novios*, 381; (1889) *Insolación*. Cp.XVI, &232 (BVC)
- (1903) *Remordimiento, Cuentos de amor*. (BVC,2002)
- Parra, Teresa de la (1928) *Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba* Velia Bosch, Ayacucho (Caracas), 1991 p. 70.
- Pereda, (1879) *De tal palo tal astilla*, cp.V).

---- (1889) *La Puchera*. Ed, Laureano Bonet, Madrid, Castalia, 1980, p.330.

Pérez de Ayala, Ramón (1926) *El curandero de su honra*, ed. Andrés Amorós, Madrid, Castalia, 1991, p. 390.

----- (1926a), *Tigre Juan*, ed. Andrés Amorós, Madrid, Castalia, 1991, p.127.

Pérez Galdós, Benito, (1872) *Rosalía* ed. Alan Smith, Madrid, Cátedra, 1984, p.291.

----- (1874); *Juan Martín*, (BVC, 2003) p.173.

----- (1874), *Napoleón en Chamartín* (BVC, 2002) p.45.

----- (1876) *La segunda casaca*, (BVC, 2003) & 364.

----- (1877) *Gloria* (BVC. 2002), Párrafo nº 259.

----- (1878) *Marianela*, ed. Joaquín Casaldueiro, Madrid, Cátedra, 1997 p.124;

----- (1879) *Los apostólicos* (BVC,2002) p.148.

----- (1885) *Fortunata y Jacinta* ed. Domingo Ynduráin, Madrid, Turner, 1993 & 267.

----- (1888) *Miau*, (BVC, 2002) p.124.

----- (1903), *Los duendes de la Camarilla*, (BVC, 2002) p. 110.

----- (1902) *Las tormentas del 48*, (BVC, 2002) p. 157.

----- (1906) *La vuelta al mundo en la Numancia*, (BVC, 2002) pp.186, 291.

----- (1908) *España trágica*, (BVC, 2002) pp.131,175 y 189.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CORDE) [en línea]. Corpus diacrónico del español. <<http://www.rae.es>> [julio 2014-febrero 2015]

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CREA) [en línea]. Corpus de referencia del español actual. <<http://www.rae.es>> [julio 2014-febrero 2015]

- Palma, Ricardo, (1883) *Tradiciones peruanas, quinta serie* (BVC, 2003), p.II, 370.
- Quirós, Francisco Bernardo de (1656) *Aventuras de don Fruela*. Ed. Celsa Carmen García Valdés, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1984.
- Rabasa, Emilio (1887) *La gran ciencia*, ed. A. Acevedo Escobedo, Porrúa (México), 1948, p.336
- Rivarola Matto, Juan Bautista (1970), *Yvypóra*, Universidad de Alicante, 2003, p.12.
- Rivera, Anastasio Pantaleón de (1631) *Vejamen -Madrid*, (citado por Cayetano de la Barrera, Catalogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo español desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII. 1760, p.77.
- Ribera, Jaume (1988) *La sangre de mi hermano*, Barcelona, Timún Mas, p. 115.
- Roque Sanz, Juanito Ponce: *Novela sentimental de un calavera regenerado*, Madrid Juan Pueyo, 1923.
- Salom, Jaime (1980) *El corto vuelo del gallo*. Madrid, Fundamentos, 1994, p. 135.
- Selgas y Carrasco, José (1874) *Un rostro y un alma*, Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1888, p. 75.
- Unamuno, Miguel de. (1911) *Abel Sánchez. Una historia de pasión*, ed. Ricardo Senabre, Madrid, Turner, 1995, p.753.
- Valera, Juan (1874) *Pepita Jiménez*, ed. Leonardo Romero, Madrid Cátedra, 1997, p. 162
- (1879) *Genio y figura*, ed. Cyrus DeCoster, Madrid, Cátedra, 1986, p. 119.
- Vargas Llosa, Mario (2000) *La fiesta del chivo*, Madrid, Alfaguara, p.459

Pilar Vega Rodríguez

Valle-Inclán, Ramón María del (1927-1931) *La corte de los milagros*,
Madrid, Espasa Calpe, 1973.

Zogueminni, Donata Nuja *Letrillas*, *Diario de Madrid*, 17/8/1794, p.938.

Pilar VEGA RODRIGUEZ

Universidad Complutense de Madrid.

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales